

## ECOS DE ESPAÑA.

(ESCRITOS PARA «EL ÁLBUM DE LA MUJER.»)



No es posible negar rasgos de generoso desprendimiento á la población madrileña. Recientemente se ocupó la prensa de la desventura de una pobre familia, sumida en la mayor miseria, hasta el extremo de que la mujer, esposa de un infeliz jornalero, diera á luz tres niños sin tener ni ropa con que vestirlos, ni nada absolutamente de medicinas ni de alimentos, para soportar los terribles dolores del triple parto. Apenas los periódicos hicieron un llamamiento á la caridad, cuando la reina regente, cuyos caritativos sentimientos son de todos bien conocidos, se apresuró á enviar á la parturienta ropas y dinero. A raíz del donativo regio, infinitas damas de la aristocracia acudieron á la misera vivienda, teatro de tantas amarguras; continuamente se detienen ante la puerta blasonados carruajes; y hoy de tal suerte han cambiado las circunstancias de aquella triste familia, que donde antes reinara la escasez, hoy impera la abundancia: tantos y tan valiosos han sido los donativos juntados, entre los cuales figura una libreta de la Caja de Ahorros, entregada al padre de los recién nacidos, á nombre del cual ha impuesto un caballero desconocido una respetable cantidad. Consignamos con gusto este rasgo de la filantropía madrileña.

Después de lo acaecido en los teatros de Barcelona y Valencia, el público madrileño deseaba pronunciar su fallo respecto á la famosa *diva* Adelina Patti, á quien algunos juzgan en indudable decadencia. La aparición de la célebre cantante en el escenario de la Zarzuela fue saludada con una salva de aplausos; la galantería madrileña por un lado, y la fama de la artista sin rival por otro, exigían tan cariñosa acogida.

Adelina Patti, deferente en sumo grado con sus paisanos, cantó de un modo inimitable las piezas del programa, y aun algunas de las que no estaban anunciadas.

Es el ruseñor de siempre, arte infinito, elegancia sin igual, torrente enloquecedor de armoniosísimas notas, maravillas fueron éstas que el público tuvo ocasión de admirar, prorrumpiendo diferentes veces en nutridos aplausos.

No asistió al primer concierto la brillante concurrencia que en las grandes solemnidades artísticas llena nuestros teatros: cosa que hacia presumir un mediano resultado para el empresario; pero el éxito verdaderamente extraordinario que coronó los esfuerzos de la Patti y de sus compañeros, los artistas todos que tomaron parte en el concierto, decidió al público retraído.

Los conciertos posteriores han alcanzado llenos completos.

Es natural, el genio al fin y al cabo triunfa siempre de las preveniciones, y la Patti, digan lo que quieran sus detractores, es un astro de primera magnitud en el cielo del arte.

Dedicado exclusivamente á la mujer nuestro periódico, qué mejor, teniendo en cuenta su exquisita naturaleza, que consignar en las columnas de *El Album de la Mujer* rasgos de generoso desprendimiento femenino.

El nombre de Emilia de Dupuy de Lome se recordará siempre con respeto, porque á él va unido un hecho nobilísimo, inspirado en la caridad más heroica. Joven, hermosa, feliz con el amor de su marido y las caricias de su hijo, Emilia de Dupuy, al retirarse ha pocos días á su casa, vió en el umbral de la puerta á una infeliz mendiga con un escuálido niño en brazos, que lloraba amargamente no arrancando del materno seno el licor de la vida, á causa de la miseria en que se hallaba sumida la desdichada madre.

Emilia de Dupuy se fijó en el tristísimo grupo, cuando la mendiga con voz desfallecida imploró su caridad; el amor maternal, el recuerdo de su hijo adorado á quien rodeaban todas las comodidades, hizo humedecer los ojos de nuestra heroína, mandó subir á su casa á la asombrada pordiosera, allí le dió los alimentos que su estado requería, con mano pródiga y palabras cariñosas, llenas de esperanza; hizo más, viendo que el tierno infante se moría de inanición; después de hacerlo lavar cuidadosamente y de envolverlo con ropas de su propio hijo, le presentó el pecho para acallar su hambre.

El niño se salvó: una hora más y hubiera muerto, víctima del hambre más espantosa; pero la fiebre de la miseria que le comunicó, produjo á su bienhechora una angina gangrenosa, y aquella misma noche sintióse gravemente en-

ferma. Nada pudo hacer la ciencia médica en su favor, y Emilia Dupuy de Lome murió, víctima de su heroica caridad.

¡Feliz ella que abandona el mundo dejando un ejemplo nobilísimo de virtud cristiana! ¡Su alma, como la simbólica paloma del arca, volará confiada al seno del Eterno en busca de la dulce y merecida recompensa!

No es tan mala la humanidad como aseguran los pesimistas, puesto que hay seres capaces de elevar las virtudes hasta el heroísmo.

\*.\*

*El canto del romero* es el título del poema leído en el Ateneo por nuestro insigne Zorrilla, y la lectura puede considerarse como un acontecimiento en el primer centro literario de la corte.

Los admiradores del anciano vate, que son muchos, acudieron al Ateneo deseosos de juzgar el mérito de la nueva producción. No es necesario al tratarse de Zorrilla repartir elogios por todos sabidos: el entusiasmo de la juventud, el artístico engarzamiento de las ideas, la belleza indiscutible de la poesía, cuando pone en vibración sus múltiples resortes una mano experta y una fantasía inagotable, se vió durante la lectura del poema, demostrado de un modo tan perfecto, que las horas parecieron minutos á la concurrencia, y en medio de frenéticos aplausos, el autor de *El canto del romero* vióse precisado á repetir armoniosas tiradas de versos dulcísimos.

El salón lleno de bote en bote, en las tribunas bellísimas y aristocráticas damas, entre las cuales el insigne poeta cuenta con decididas simpatías.

La velada deja gratos recuerdos entre los amantes de la verdadera poesía.

\*.\*

Se prepara para últimos de Mayo una exposición de flores; antes hubiera tenido efecto, pero se retrasa para que pasen cinco meses de la muerte del rey.

¡Las flores! quién no habla de ellas en cuanto asoma su risueña faz la Primavera.

Es el tema más inocente y más poético que pueden elegir los humanos para sus conversaciones. No siempre se puede decir otro tanto.

\*.\*

La *reprise* de *La Gioconda*, tan magistralmente desempeñada en nuestro regio coliseo, trae á la memoria el recuerdo de su autor, *Amilcar Ponchielli*, cuya pérdida para el arte está muy reciente todavía; y ciertas particularidades de su carácter, que seguramente no son muy conocidas de los que todas las noches aplauden las inspiradas notas de aquel magistral duo, que constituye una serie de triunfos para la Mila Kupfer y la Pasqua.

A Ponchielli le han hecho popular en Italia, no sólo su música, sino sus distracciones.

Era el hombre distraído por excelencia, y su vida está llena de anécdotas graciosísimas.

Se cuenta que una tarde saliendo del teatro, en Roma, entabló discusión con algunos amigos, músicos también, sobre una obra clásica.

La polémica llevaba trazas de no concluir; y Ponchielli, queriendo persuadir á sus contradictores, les invita á subir á su casa con objeto de probarles prácticamente en el piano la fuerza de sus razonamientos.

Suben, Ponchielli se sienta al piano, y nervioso, con los cabellos en desorden, se pone á tocar y á cantar como un loco, interrumpiéndose para hablar á grandes voces, y promoviendo un ruido infernal.

De pronto se oyen quejidos en la pieza inmediata, con gran sorpresa de los amigos de Ponchielli, que se creían solos.

El maestro impone silencio á gritos y sigue hiriendo con furia las teclas y atronando el espacio con su voz.

Nuevos gemidos ponen fuera de sí á Ponchielli, que grita:

—¡Silencio! y lanza una terrible amenaza contra el que se atreve á interrumpirle, desahogando su mal humor con una sarta de denuestos contra el importuno.

Se abre la puerta y aparece una criada, que con aire compungido se dirige á Ponchielli y le recuerda lo que él había olvidado.

En la pieza contigua se hallaba la esposa del compositor sufriendo las molestias del alumbramiento de su hijo.

Madrid, Abril de 1886.

EVELMO DEL MONTE.